

## INTRODUCCIÓN

La arquitectura en Filipinas ha sido objeto recurrente de estudio en los últimos años desde distintas perspectivas. Esa variedad de enfoques ha provocado una discusión intermitente sobre las particularidades y características de la arquitectura del archipiélago. La mayoría han buscado arrojar luz sobre un patrimonio inmueble deficientemente conservado y en constante peligro de desaparición por muy diversas causas, desde los desastres naturales hasta la especulación inmobiliaria, pasando por las consecuencias de los enfrentamientos bélicos. De todo ese conjunto de edificios han sido las iglesias y en menor medida los complejos conventuales, los que han recibido mayor atención tanto en estudios monográficos, como en tareas de conservación. Desgraciadamente los textos de divulgación de los valores patrimoniales de esos monumentos, escasamente documentados en algunos casos, han ensombrecido muchas de las investigaciones sólidas que los precedían. La predilección por la arquitectura religiosa frente a las obras civiles viene determinada en gran medida, por su carácter mayoritario dentro del patrimonio conservado. Ciertamente los edificios religiosos han supuesto uno de los pilares fundamentales en la construcción de Filipinas, si bien es preciso aclarar que tan ingente producción seguramente no se habría podido llevar a cabo sin la presencia de un buen número de ingenieros militares llegados desde la metrópoli, y sin la participación de experimentados constructores nativos y sangleyes.

La ingeniería militar, que en Filipinas no puede circunscribirse a la construcción de sistemas defensivos, sigue siendo un capítulo de gran trascendencia en el devenir constructivo de las islas. Desde la llegada de los españoles hasta el mismo siglo XIX, la llegada de ingenieros, aunque casi siempre intermitente, permitió una renovación de las prácticas constructivas, consolidando multitud de técnicas a mitad de camino entre la tradición occidental, más emparentada con las academias militares, y las soluciones locales. Un primer acercamiento a la arquitectura en Fili-

pinas, con independencia de su función y uso, provoca el encuentro con multitud de nombres de ingenieros militares. Desde Leonardo Turriano, cuya presencia ha sido rebatida, hasta el trabajo de Rafael Cerero y Sáez, pasando por Juan de Císcara, Dionisio O'Kelly, Ildefonso Aragón o Luciano Oliver por destacar algunos nombres, los ingenieros han sido una minusvalorada red de conocimiento que ha permitido una intensa circulación de ideas dentro de los territorios bajo gobierno hispánico. Pero si sus movimientos desde la metrópoli a Nueva España, del Caribe al Pacífico, o a lo largo de todo el continente americano, muestran una intensa transferencia cultural, no debe descartarse tampoco su interrelación con territorios vecinos. Más allá de la incorporación de teorías y profesionales procedentes de las mejores escuelas de Europa, los ingenieros españoles supieron dar cuenta de las soluciones que otras potencias venían desarrollando en las aguas del Pacífico, y especialmente del Índico.

El marco cronológico fijado para este trabajo lleva desde 1762 hasta 1788. El primero coincide con uno de los hitos más importantes de la historia constructiva de la ciudad, la toma británica, que puso de manifiesto las deficiencias militares de la plaza. Manila, al igual que La Habana, había caído en manos inglesas en 1762. La hegemonía marítima que la *East India Company* (EIC) venía mostrando desde mediados de siglo terminó con la toma de la *perla de oriente*, la entrada natural de la plata americana en Asia, y un enclave geoestratégico de gran relevancia para el fortalecimiento de las relaciones con China. Manila y La Habana, eran piezas fundamentales para el control del tráfico marítimo del Pacífico y del Caribe respectivamente. Ambas contaban con sistemas defensivos antiguos y deficientes, pero estaban rodeadas de un aura de plaza inexpugnable, lo que explica el interés por tomar ambas ciudades. No obstante los propios británicos se percataron poco más tarde de las dificultades y el costo que suponía mantener en condiciones adecuadas sendos enclaves. Esto se unió al interés de la corona hispana por recuperarlos como símbolos del sistema defensivo y comercial ultramarino, lo que tras un alto coste permitió su reincorporación. Tras la devolución de la ciudad por el Tratado de París (1763), el enclave asiático cobró una importancia en la política hispana que hasta ese momento no había recibido. Esto se notó especialmente en el campo militar y en la construcción de defensas dirigidas por profesionales cualificados y bajo el control del Cuerpo de Ingenieros.

Poco después de ese momento comienza el proceso de expulsión de la Compañía de Jesús. La Pragmática Sanción de 1767 tuvo en Manila capítulos previos de particular confrontación entre los partidarios y destructores de la medida. Sus consecuencias arquitectónicas en una ciudad donde uno de los edificios más atrevidos pertenecía a la Compañía son fácilmente entendibles. El desmantelamiento del colegio y su iglesia comenzarían ahora, pero no sería hasta la segunda mitad del siglo siguiente cuando su función pasaría al ámbito militar de forma definitiva. Con el

año 1788, coincidiendo con el fallecimiento de Carlos III, se cierra este análisis de la arquitectura en Intramuros, el corazón administrativo de la ciudad de Manila delimitado por las murallas, comenzándose con el reinado de su hijo una orientación política ligeramente diferente. Aunque la noticia de la muerte del primero no llegaría a la capital filipina hasta dos años más tarde, la presencia de otros arquitectos y en especial el impulso constructivo de diferentes gobernadores andaluces provocaron un cambio profundo en el urbanismo y los usos de la ciudad.

Con estos sucesos se marca, de formas muy diferentes, el final de una forma de concebir la ciudad de Manila. A partir de este momento la capital de Filipinas comenzaba a prepararse para el gran cambio que viviría al inicio del siglo XIX. El empuje británico en la zona modificaría los circuitos mercantiles y también el miedo a un posible ataque había cambiado como lo habían hecho las técnicas militares. La defensa de una plaza como esta no se solventaba exclusivamente con las serie de baluartes previstos tras la toma británica, que hasta 1788 seguían siendo el objetivo principal. La nueva centuria planteaba otras necesidades que habría que asumir en poco tiempo.

En el plano cultural, la segunda mitad del siglo XVIII ofrece un panorama de circulación de modelos entre los diferentes enclaves portuarios del Índico y del Pacífico muy sugerente. Hasta el momento los estudiosos habían circunscrito este tráfico al mundo mercantil, pero se puede extender a otros ámbitos como el cultural. Es conocido cómo los comerciantes cambiaron su residencia a lo largo de su vida, lo que permitió difundir una cultura mestiza que a pesar de una cierta homogeneidad, generaba sus particularidades. Además de los circuitos mercantiles, los conflictos bélicos entre las tropas angloholandesas y francoespañolas, que venían multiplicándose, también obligaron a mejorar el conocimiento cartográfico sobre las defensas enemigas, así como a proteger cualquier información de este tipo que pudiera llegar a manos del enemigo. Aún así la circulación y control tanto de información como de profesionales se fue extendiendo a la par que se iban difundiendo algunas prácticas arquitectónicas. Profesionales florentinos, limeños, chinos o manilenses conformarían heterogéneos grupos de trabajo donde el resultado no podía ser nunca un *collage*, sino un ejemplo de compleja y sugerente síntesis arquitectónica.

Durante este periodo la arquitectura religiosa que había protagonizado el panorama de la capital filipina pasará a un segundo plano. Los ingenieros militares, llegados en muchos casos desde puestos en América, se ocuparon no solo de las medidas defensivas, sino que también introdujeron cambios urbanísticos sin antecedentes en la ciudad, además de asumir retos tectónicos en edificios religiosos, y de propiciar la creación de redes de conocimiento que resultan fundamentales para entender el devenir cultural de esta área geográfica. El fenómeno es especialmente



notable en Manila, pero no fue un caso único. Problemas y soluciones similares pueden encontrarse tanto en América como en Asia, como fruto de la expansión europea por esta zona.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el interés español por el conocimiento de los territorios, tanto propios como ajenos, en todo el globo es evidente. Prueba de ello son las expediciones científicas, muchas de las cuales tuvieron un claro perfil cartográfico. Así empezaron a generalizarse los depósitos de planos y las publicaciones donde los puertos de todo el mundo estaban representados. Los ingenieros militares fueron responsables directos no solo de su realización sino también de su difusión. Muchos de ellos potenciaron así la circulación cultural a nivel local y en relación con Europa. Las soluciones constructivas también se hicieron eco de esta internacionalización, y aprovecharon informaciones llegadas desde América, Europa o Asia. Por ello, este trabajo se plantea como un intento de interpretación global de la realidad constructiva de Manila en la segunda mitad del siglo XVIII. Partiendo desde el análisis pormenorizado de los casos, se llega finalmente a una visión que pone a Filipinas en la confluencia de diferentes circuitos culturales. Este nudo circulatorio, del que participaban por igual europeos que asiáticos, americanos que africanos, ha dificultado la clasificación de los estudios sobre el archipiélago. Así se intenta demostrar la inexcusable vinculación de un ámbito tradicionalmente americanista como Manila al fenómeno de la expansión europea en Asia. Los establecimientos de las potencias occidentales fueron capaces de generar firmes vínculos económicos y culturales entre sí, que modelaron una realidad particular, no siempre bien vista desde la metrópoli. A esta particularidad, habría que añadir en todos los casos, el necesario análisis de la relación de estas ciudades con sus círculos europeos correspondientes. En la mayoría de los casos se trataría de vínculos directos, lo cual resulta muy diferente al fenómeno visto en Manila.

Filipinas no debe entenderse sin su contexto más próximo, el del sudeste asiático, pero desde la llegada de Legazpi hasta la independencia de México, el archipiélago fue un elemento estratégico de Nueva España y un baluarte necesario en la defensa del imperio. Más allá de los intercambios artísticos, económicos y culturales fomentados por el Galeón de la China, Manila fue un puerto muy valorado desde la corte española, lo cual se acentuó a partir de la devolución británica. Si bien puede sondearse precedentes notables, sería a partir de 1764 cuando las medidas hispanas tomadas sobre territorios americanos en el ámbito defensivo fueran adoptadas con igual interés en Manila. El caso de la fortificación de La Habana y de Manila tras la toma británica son dos casos paralelos del férreo control ejercido desde el Cuerpo de Ingenieros. Resulta difícil también entender la expulsión de los jesuitas de los territorios americanos sin valorar la llegada desde Manila no solo de los residentes en Filipinas, sino también de colecciones llegadas desde los territorios

lusos. Por último podría destacarse también el papel de diferentes familias como verdaderas redes de circulación de conocimiento a lo largo de América, partiendo de Filipinas y finalizando en la Península. Los Belestá, en el ámbito de la ingeniería militar, o los Mémije, en una parcela más ligada a lo económico, son algunos ejemplos de cómo Filipinas es una pieza necesaria en la interpretación global de América, Sevilla y sus relaciones con Europa y Asia.

Durante las décadas de los sesenta a ochenta se generalizó el interés de la corona por enviar ingenieros a Filipinas. Frente a la interinidad y a las continuas interrupciones que provocaron hasta la toma británica un total desconocimiento en el Cuerpo de Ingenieros sobre quién era responsable del archipiélago, la devolución de la ciudad dinamizó la llegada de profesionales a las islas, lo que puede hacerse extensivo a otros territorios de la monarquía hispana. La defensa del imperio a escala global, un proyecto iniciado en el siglo XVI, sufrió en estas décadas una revisión de calado. Pero la defensa de las posiciones americanas, asiáticas y también peninsulares, no se circunscribía a la construcción y mantenimiento de obras de ingeniería sino que se basaban en un mejor conocimiento geográfico del territorio. Cartógrafos, ingenieros y en no pocos casos aventureros y misioneros, se unieron en el reconocimiento de territorios que hasta ese momento habían quedado olvidados. Las expediciones desarrolladas en estas décadas tuvieron como objetivo común Manila, y no solo por lo que respecta a casos españoles, pues también otras potencias europeas actuaron de un modo similar, lo que facilitó un intercambio científico global que en cierta medida ya se daba en la capital filipina.

Los primeros beneficiados del trasiego de científicos, ya fueran académicos o misioneros, llegados desde Francia o España principalmente, fueron los propios círculos culturales manileños de los que constructores como Esteban de Rojas y Melo, Vicente Laureano de Mémije o Juan de Ugucioni, fueron protagonistas. En este contexto hay que entender la continuada presencia de ingenieros militares en Filipinas, lo que modificaría la tendencia general de la construcción en Manila. El anterior protagonismo de la arquitectura religiosa empezó a disminuir frente a los proyectos defensivos tras la devolución británica. Ciertamente las grandes empresas constructivas de carácter religioso bien se habían terminado o vivían sus últimos capítulos. La obra del convento de San Francisco de las Lágrimas remataba su dilatado proceso de edificación con un aljibe diseñado por Vicente Laureano de Mémije, mientras que la catedral daba por finalizadas las propuestas de Juan de Ugucioni. Intramuros no viviría nuevos proyectos arquitectónicos de este tipo hasta mucho después, mientras que los problemas de seguridad, de reurbanización interna, o de reconstrucción de residencias se generalizarían de manos de los ingenieros militares.

Aunque la fortificación y la labor de los ingenieros en Filipinas no han sido monográficamente abordadas en estudios precedentes, existen algunas aportaciones especialmente significativas. En primer lugar, por su carácter pionero y por el impacto posterior que suscitó, cabría destacar el trabajo de Lourdes Díaz-Trechuelo Spínola, *Arquitectura española en Filipinas (1565-1800)*. El papel de los ingenieros queda aquí apuntado a lo largo de los más de dos siglos que abarca el texto. Las bases biográficas así como una buena parte de los catálogos de mapas de muchos de los ingenieros, especialmente los que se tratan en el presente texto, vienen ya recogidos en la citada publicación. Al que sigue siendo el libro de referencia en los estudios de arquitectura sobre Filipinas hay que añadir algunos otros. Fruto de los trabajos de intervención en el bastión de San Diego, Esperanza Gatbonton ofrece una renovada visión de un monumento concreto de la historia de la fortificación de Manila. Basado en la documentación de Díaz-Trechuelo, contrapone la información con las distintas etapas constructivas que durante la restauración pudieron identificarse. Desgraciadamente esta labor, con importante aporte gráfico, no ha sido repetida ni siquiera en intervenciones mucho más recientes sobre similares elementos del patrimonio de la ciudad.

Más tardío es el estudio de carácter monográfico sobre la fortificación en Filipinas de René Javellana, *Fortress of Empire*. Aquí, más que un estudio de fuentes que parecía cerrado tras la ingente labor de Díaz-Trechuelo, se opta por estudiar aquellos fuertes aún conservados en el archipiélago, permitiendo la necesaria comparación entre las propuestas plasmadas en los numerosos dibujos de los ingenieros y la realidad. Algo similar para el caso concreto de Bohol puede decirse de Regalado Trota José, quien ha incorporado a su extensa labor algunos textos sobre esta problemática. Desde la historiografía española cabría destacar el reciente estudio de Alfredo Morales, publicado en el catálogo de la exposición *Filipinas, puerta de Oriente, de Legazpi a Malapina*, donde además de apuntarse importantes novedades sobre la obra catedralicia se incide en la relevancia de los ingenieros en la construcción del país. Para finalizar, y demostrando así la importancia de la ingeniería militar en Filipinas para el resto del territorio hispano, hay que destacar las aportaciones ofrecidas por trabajos generales y ampliamente reconocidos entre los estudios americanistas, como los realizados por José Antonio Calderón Quijano, Alicia Cámara y Horacio Capel, entre otros.

La metodología utilizada para elaborar las conclusiones de este trabajo ha sido la tradicional, aunque incorporando algunas de las novedades de las últimas corrientes de interpretación histórica. En una primera fase se ha abordado un trabajo de búsqueda documental en archivos y bibliotecas nacionales e internacionales. Además del interés evidente que supone la localización de documentación textual o gráfica inédita, ha sido importante conocer de primera mano las fuentes habitualmente

citadas por estudios anteriores. Hay que tener en cuenta que muchos de los trabajos realizados en la década de los cincuenta o sesenta hacen referencia a signaturas, e incluso instituciones, hoy desaparecidas. El trabajo de relocalización y reinterpretación supera por tanto al de mera recopilación. Realizar una investigación a partir de estos objetivos obliga a esclarecer una serie de procesos constructivos antes de abordar una interpretación más general. Aunque diferentes estudios habían intentado definir la labor de los ingenieros militares en Manila durante este periodo, la localización de nueva documentación ha obligado a replantear algunas propuestas.

Por ello, esta monografía se organiza en dos partes. En primer lugar se estudian detalladamente las diferentes empresas constructivas llevadas a cabo por diferentes ingenieros militares hasta 1775. Aquí se observa claramente el final de algunos proyectos pergeñados a lo largo de buena parte del siglo XVIII. Los profesionales habían cambiado y los gobernantes y necesidades también, por lo que los resultados marcarán nuevas pautas. En segundo lugar, desde 1775 hasta 1788 pueden advertirse los primeros pasos en este sentido, con proyectos tan ambiciosos como el nuevo paríán de Mabolo, o el envío de un renovado proyecto de fortificación de Pedro de Cáseda desde Italia.

Una vez documentados estos procesos es necesario interpretarlos a la luz de una realidad artística más amplia. La historia constructiva y cultural de Manila ayuda a entender un contexto más amplio como es el de la presencia europea en Asia y América. Las medidas tomadas en diferentes ciudades de estos continentes fueron noticias conocidas a través de diferentes circuitos culturales. El movimiento de personas, especialmente de cargos burocráticos, no hizo más que favorecer esta circulación. Por ello, es necesario basarse en los casos puntuales revisados en Manila para compararlos y buscar conexiones con lo propuesto en urbes como Batavia, La Habana, Pondicherry o México. Aquí la historia de la construcción se convierte en gran medida en historia social y es precisamente desde esta perspectiva como se ha abordado para otras urbes europeas del ámbito asiático. En Manila se propusieron una serie de obras que manifiestan unas nuevas formas de afrontar problemas internos. Así, las revueltas de la población china durante los siglos XVII y XVIII, tanto en Batavia como en Manila, se trataron de solucionar con la creación de un barrio intramuros como fue San José de Mabolo. Frente a una ciudad que a principios de siglo parecía el reducto de la cultura europea ante la barbarie externa, surge otra urbe que empieza a abrirse. La capital sigue siendo el escenario donde se muestra el poder colonial, pero la vida social se hace ya fuera del recinto defensivo, allí donde las murallas no tienen sentido.

Sería absurdo pensar que la apertura de los muros lleva aparejado la desaparición de las fronteras raciales. Con diferencias entre los distintos

establecimientos europeos, las comunidades asiáticas, desde chinos hasta siameses pasando por los poderosos armenios; los esclavos subsaharianos y los numerosos americanos, desde criollos hasta nativos pasando por mestizos de diferente casta, fueron creando una sociedad variada pero al parecer bien articulada en lo referente a sus funciones sociales. Por desgracia, la documentación oficial genera fácilmente interpretaciones erróneas de una realidad, que en la mayoría de los casos fue ocultada por los gobernadores. De hecho, otras fuentes ponen de manifiesto que la población europea en Manila durante la segunda mitad del siglo XVIII fue amplia y que mayoritariamente residía extramuros. Como era de esperar, la ciudad era un lugar de descanso valorado por los grandes mercaderes que pretendían unir América con los circuitos asiáticos, no solo a través del Galeón sino también con el enlace directo a Lima.

Dentro de esta aportación de Manila, y con ella de América a la *Globalgeschichte*, hay que subrayar el papel desempeñado por los ingenieros militares. Frente a simples constructores, como lo fueron en muchos casos en la capital filipina a principios del siglo XVIII, para este periodo fueron mayoritariamente miembros de los más destacados círculos culturales de la ciudad, y personas bien comunicadas con otros círculos de lo que indiscutiblemente puede llamarse una élite mundializada. Los diferentes relatos de viajeros inciden continuamente sobre esta realidad, ya que fueron en muchas ocasiones correas de transmisión entre diferentes territorios, sirviendo a los aventureros como cartas de presentación que les facilitaba prolongar su estancia en diferentes territorios. Durante este estudio resultarán especialmente significativos los trabajos de Francisco de Noroña o el de Le Gentil, por su vinculación con la ingeniería militar, aunque los datos secundarios pueden sondearse en otras fuentes similares.

Abordar la labor de los ingenieros militares durante la segunda mitad del siglo XVIII en Filipinas, y en especial en Manila, obliga a consultar un número de colecciones documentales muy diverso. En España habría que destacar como fuente principal los fondos del Archivo General de Indias (AGI) o del Archivo General de Simancas (AGS), pero otros de índole similar como el Archivo Histórico Nacional (AHN) o incluso el Archivo histórico Provincial de Álava (AHPA), ofrecen datos de incuestionable interés para la investigación, mayoritariamente olvidados.

Otro gran capítulo documental para Filipinas lo ofrecen los fondos de archivos y bibliotecas vinculados con el Ministerio de Defensa. Por ejemplo, gran parte del material gráfico que ilustra estas páginas procede de la Cartoteca del Archivo General Militar de Madrid, pero junto al extenso patrimonio inédito y desconocido que aún conserva esta institución habría que añadir los fondos del Museo Naval o de la Cartoteca del Centro Geográfico del Ejército. Probablemente el proceso catalogador iniciado por estas instituciones y facilitado a los investigadores recién-

temente ofrecerá importantes noticias que permitirán ampliar el conocimiento sobre la labor de los ingenieros militares hispanos en América y Asia durante cuatro siglos en parcelas que trascienden el mundo defensivo para abordar facetas diversas de la sociedad, desde la construcción de iglesias a la de colegios o edificios residenciales. A todas estas instituciones españolas habría que añadir la Biblioteca Nacional y algunos museos como el de Bellas Artes de Vitoria, donde se han localizado ejemplares ilustrativos de la Manila del momento. Otros archivos menos conocidos, a veces considerados de utilidad solo para elaborar la historia local, como el Archivo Municipal de El Puerto de Santa María (AMEPSM) conservan interesantes fondos relativos a la labor de los ingenieros militares en Filipinas.

Desgraciadamente el caudal de información de las colecciones documentales españolas debió ser similar a lo que se remitió a Filipinas y por tanto debería haberse custodiado en instituciones del archipiélago. La turbulenta historia del país asiático ha dificultado durante todo el siglo xx que esto fuera posible, a pesar de los esfuerzos realizados. Hoy día apenas se conservan algunos documentos interesantes en la Biblioteca Nacional, mientras que el Archivo Histórico Nacional de Filipinas se conforma especialmente de documentación decimonónica. Los archivos de las órdenes religiosas pasaron en su mayor parte a España, conservándose hoy en distintos puntos de la península. Mientras los agustinos calzados lo mantienen en Valladolid y los descalzos en Marcilla, los franciscanos lo tienen en Madrid y los dominicos en Ávila, por citar algunos. Las únicas instituciones religiosas que conservan su archivo en Manila son la Catedral y la Universidad de Santo Tomás, de donde se conservan interesantes pero dispersos documentos.

Además de Filipinas y de España, tanto países europeos como americanos han conservado documentación fruto del largo proceso que vivía el transcurso burocrático entre las islas y la metrópoli, y también como consecuencia del devenir de muchas de estas colecciones durante el siglo xx. Del ámbito americano, por su papel central en las relaciones entre ambos territorios, habría que subrayar la colección de documentos conservados en el Archivo General de la Nación de México. Otros repertorios de la capital americana, como el del arzobispado o el de la catedral, también conservan documentación ilustrativa, aunque secundaria, sobre las relaciones eclesiásticas entre la capital novohispana y la sede manileña. También en el continente americano, esta vez en EE.UU., habría que destacar las colecciones de tres bibliotecas. En primer lugar el fondo *Philippine Manuscripts* de la Lilly Library, así como los de la Newberry. Por último, como propietaria de la colección cartográfica de la Escuela de Navegación del Departamento de Cádiz entre otros fondos filipinos, habría que añadir la Biblioteca del Congreso de Washington.





En el ámbito europeo hay varias instituciones que conservan importante material sobre Filipinas. Por la presencia británica en Manila las colecciones inglesas cuentan con interesante material, por lo general poco utilizado. En primer lugar habría que destacar los fondos de la British Library, en su sección de *Indian Office*, donde se encuentra información proporcionada por el ingeniero Stevenson. A esto habría que sumar los documentos conservados en los archivos de Kew. El resto de países europeos conservan interesante documentación secundaria sobre la labor de las Compañías de Indias correspondientes, que permiten contextualizar y valorar los ejemplos manileños. Quizás los más destacados sean los del *Centre des Archives d'Outre-mer* (Aix-en-Provence) o los diferentes fondos holandeses accesibles desde el *Atlas of Mutual History*.

Los planos y dibujos, al igual que la documentación textual, permiten un acercamiento a un patrimonio inmueble que generalmente ha desaparecido, pero que tuvo un papel destacado en el desarrollo de la arquitectura en Filipinas. Pero además de estos, aquellos inmuebles conservados, ya sean completos o parcialmente, han recibido una especial atención en este trabajo. El turbulento final del siglo XIX y la primera mitad del XX han destruido buena parte del patrimonio inmueble de Manila. De entre lo salvado podría destacarse algunos vestigios correspondientes a los inicios de la presencia española. Por ejemplo, la traza urbana es original de la época de Legazpi, sin recibir cambios significativos hasta el siglo XX. La única excepción destacable es precisamente la intervención realizada en las décadas finales del siglo XVIII, en lo referente tanto a su forma como a su función.

La trama en damero desarrollada en Intramuros quedaba circundada por un perímetro defensivo. Aunque Manila estuvo amurallada desde su fundación la estructura actualmente conservada es fruto de las obras realizadas con posterioridad a la toma británica. Hoy día este perímetro de murallas se conserva completo, así como sus baluartes y otros elementos defensivos. Aunque han vivido importantes reformas desde un momento cercano a su finalización hasta el siglo XX, en general siguen respondiendo a los parámetros establecidos por ingenieros como Dionisio O'Kelly o Tomás Sanz, personajes centrales de este trabajo.

Si el urbanismo y las estructuras defensivas son algunos de los valores a rescatar en la ciudad filipina, aún queda mucho trabajo que realizar con el conocimiento del principal monumento de la capital, el Convento de San Agustín. Este edificio, declarado Patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco, es un claro ejemplo de la superposición de capas de la tradición arquitectónica manileña a lo largo de varios siglos. A su base del siglo XVII hay que añadir importantes reformas en los dos siglos siguientes, sin descartar las intervenciones del siglo XX o incluso más recientes. Esto, más que degradar su carácter patrimonial, lo convierten en un compendio de las prácticas constructivas de Filipinas. Los ingenieros

militares debieron tener un papel importante en sus múltiples reformas y por ello su análisis queda incorporado a este trabajo.

Aunque en Manila los ecos de este periodo sean escasos, parece probable que muchas de las iniciativas promovidas en el resto del archipiélago fueran un reflejo de lo que se realizaba en la capital. Durante este trabajo se ha preferido centrar la atención en los contactos externos del puerto hispano, pero sin olvidar los que lo vinculan con el resto de islas. De hecho, la presencia de los ingenieros militares en otros presidios y fuertes está documentada. Por esta vía, muchas de las soluciones, técnicas o modelos decorativos que fueron imponiendo los ingenieros en Manila, pudieron pasar con rapidez al resto del archipiélago formando parte de un movimiento cultural con repercusiones aún por precisar definitivamente. El mejor conocimiento de la realidad de Manila permitirá interpretar con mayor claridad el desconocido y amplio patrimonio inmueble que aún espera en Filipinas a ser reconocido.

Este trabajo de localización e interpretación de la documentación histórica, así como el análisis directo de los restos conservados, ha sido paralelo a la revisión de los estudios previos, tanto aquellos que se referían monográficamente a la arquitectura filipina, como los que lo trataban secundariamente. A partir de sus propuestas se ha podido ofrecer no solo nueva documentación que apoye hipótesis previas, sino también renovadas interpretaciones acordes con las nuevas líneas historiográficas. Teniendo la historia comparada como base de trabajo se han incorporado las perspectivas ofrecidas por otras prácticas como la *Histoire croissée*, la *Globalgeschichte* o las *Connected Histories*. De hecho la arquitectura manileña ofrece grandes oportunidades para cualquiera de estos enfoques. La comparación con el resto de los territorios hispanos, así como con el resto de asentamientos europeos en la zona, permite entender los problemas de trasladar un modelo arquitectónico europeo a latitudes y climas diversos, así como su interacción con las tradiciones locales. Pero cualquiera de estos procesos queda definido por un sinfín de cruces protagonizados por la llegada de ingenieros, de diseños propuestos directamente desde la metrópoli, de comitentes, a veces locales formados en Europa, o europeos con amplia experiencia en América. Sin desmerecer el imbricado armazón trenzado por las influencias externas, la arquitectura filipina aparece como resultado de una constante frontera. Tal convivencia de tradiciones constructivas fruto de una constante circulación entre las Indias Orientales, las Occidentales y la metrópoli europea, hace de cualquier fenómeno de este tipo un movimiento cultural de escala global.

La complejidad del contexto y de los resultados generados, unido a una carencia de patrimonio conservado, obliga a utilizar fórmulas tradicionales en la exposición. La sucesión cronológica dividida en capítulos permite una fácil localización de procesos constructivos estudiados con anterioridad, así como la contextualización de otros desconocidos hasta

hoy. A pesar de los estudios previos, muchos de estos proyectos eran ampliamente desconocidos. Antes de incorporar sus aportes a una discusión más general, resultaba necesario definirlos detalladamente a la luz de la nueva documentación localizada. Una vez realizado en los dos primeros capítulos se aborda en el último bloque una revisión más amplia donde se pone en relación el ámbito filipino con el del resto de puertos europeos en Asia, rescatando el papel protagonista de los ingenieros militares en todo este proceso.

Hace tiempo que se apuntó la importancia radical de la labor de estos profesionales en Filipinas para el desarrollo de su patrimonio arquitectónico, en especial en el periodo histórico establecido. La mayoría procedían de la metrópoli, aunque habían pasado un periodo de experiencia normalmente en Nueva España. *A priori* se trataría de una adaptación de modelos meramente europeos a Filipinas. Una hipótesis que ha podido corroborarse es la importante interacción entre las prácticas locales, tanto las americanas como las asiáticas, y las asimiladas en las academias europeas. Este tipo de prácticas son paralelas a otras desarrolladas en la zona, como demuestran los dibujos de ingenieros franceses en Pondicherry. La construcción siguiendo prácticas procedentes de tradiciones tan diversas se explica no solamente con la admiración que los ingenieros profesaron por algunas de estas soluciones sino también por el papel que los propios sangleyes y naturales tuvieron en la construcción.

Junto con la circulación de ideas y la incorporación de prácticas locales, los ingenieros fueron responsables de obras que excedían su labor militar. De hecho, no se limitaron a obras de carácter defensivo sino que también intervinieron en todo el conjunto de edificios levantados en un momento histórico concreto. Es precisamente de este periodo del que más obras se conservan en Filipinas y concretamente en Manila. Un mejor conocimiento de la labor desarrollada por los ingenieros se hace imprescindible para afrontar no solo la conservación y restauración de este patrimonio, sino especialmente de su puesta en valor, ya que la interpretación de los mismos puede verse modificada por la nueva documentación localizada. Los ingenieros también jugaron un papel importante como contrapeso a otros círculos culturales existentes desde la década de los años cincuenta en ciudades como Manila. Los diferentes puntos de vista sobre la arquitectura, y extensivamente de otras ciencias como la matemática o la astronomía, generaron un interesante intercambio cultural que debe entenderse de nuevo dentro de esta circulación de ideas y personas dentro del ámbito asiático y también a escala global.

Una visión renovada del problema de la arquitectura manileña, sus procesos de gestación, su desarrollo constructivo, su función y modificaciones posteriores permiten interesantes conclusiones de aplicación actual. Hasta ahora la transmisión de la historia como fruto de interpretaciones superadas supone un problema básico en la labor de puesta

en valor de este patrimonio. Por ejemplo, este trabajo muestra el papel protagonista que tuvieron los filipinos, los chinos, los novohispanos e incluso europeos no hispanos, en la construcción de estos edificios. No se trata por tanto de edificios impuestos desde un poder lejano sino ejemplos del grado de mestizaje al que había llegado la sociedad del momento, especialmente en cuestiones culturales. Por ello, resulta recomendable plantear una visión histórica escrita a partir de una renovada visión de documentos de archivo, muchos de ellos desconocidos u olvidados. Además es necesario apoyarse en el análisis formal y no exclusivamente en una percepción visual superficial. Así será más efectivo subrayar el carácter monumental de algunos edificios, evitando su degradación a meros ejemplos del poder imperial occidental en Asia. Manila, donde la especulación inmobiliaria, la construcción de una identidad poscolonial o la función del escaso patrimonio histórico conservado son cuestiones recurrentes, necesita como primer paso de trabajos de investigación que devuelvan a Filipinas a la discusión historiográfica internacional como singular cruce de culturas.

Para finalizar se expondrán algunos agradecimientos. Por su participación en esta investigación, al Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla, en el que recibí gran parte de mi formación universitaria. De todo el cuerpo de profesores habría que destacar en primer lugar al catedrático Alfredo J. Morales, director de la tesis doctoral de donde nace este texto y responsable del fortalecimiento de las investigaciones americanistas en el citado departamento. Sin su dilatada experiencia y conocimiento de la realidad artística y arquitectónica, tanto americana como española, muchas de las conclusiones aquí expuestas no se habrían materializado. Dentro del proceso de aprendizaje pude tomar contacto con otros importantes centros e investigadores internacionales tales como Pedro G. Galende, Fernando Zialcita, Jaime Cuadrillo, Caroline Stone, Paulo Varela Gomes, Elisabetta Corsi, Jorge Flores o Bartolomé Yun Casalilla, entre otros muchos, sin cuyos valiosos consejos estas páginas no habrían llegado a materializarse.

A este grupo de investigadores hay que unir los numerosos archiveros y bibliotecarios, así como otros compañeros que desde cada uno de sus puestos han hecho posible este trabajo. Desde Cayetano Sánchez Fuertes hasta Chaco Molina pasando por Víctor Lomela, cada uno ha aportado una silenciosa pero muy estimable contribución. A todos ellos hay que unir para finalizar a aquellos familiares que desde su cercanía personal se han esforzado en apoyar este trabajo. De entre todos ellos quiero destacar a Carmen por su constante compañía en archivos o trabajos de campo, haciendo posible conciliar una joven vida familiar con las exigencias de la investigación.